

cuales la finura francesa habia arrojado su glacial barniz! Aquel carácter embotado por una felicidad no interrumpida durante diez y seis años, entretenido despues con las minuciosidades del mundo, revelábase en su primer odio con el furor de un volcan; estallaba en los momentos en que la vida de la muger pierde sus mas caras afecciones y desea un nuevo elemento para nutrir la fogosa actividad que la devora. ¡Natalia estaria aun tres dias sometida á la influencia de su madre! Mad. Evangelista disponia aun de algunas horas, las últimas que pasa una soltera á solas con su madre. Con una sola palabra, la criolla podia influir en la vida de aquellos dos seres destinados á caminar juntos á través de los matorrales y espinosas zarzas de la sociedad parisien, porque Natalia tenia en su madre una fé ciega. ¡Cuánta inmensa fuerza tendria en su alma un consejo materno! Con una frase podia determinarse todo su porvenir. Ningun código, ninguna institucion humana puede prevenir el crimen moral que mata con una palabra. En esto estriba el principal defecto de la justicia

social: en esto tambien la diferencia que existe entre las costumbres del gran mundo y las del pueblo: éste franco, hipócrita aquel: el uno, el cuchillo, el otro, el veneno del lenguaje y de las ideas: el castigo para el que mata con hierro, la impunidad para el que asesina con la palabra.

A las doce de la mañana del siguiente dia Mad. Evangelista se incorporó á medias en el lecho de Natalia. Durante los primeros momentos, ella y su hija, no hicieron mas que recordar los felices dias de su vida, la dulce paz de que disfrutáran durante tantos años, sin que el mas pequeño obstáculo hubiese interrumpido el tranquilo curso de su dicha y sus placeres.

—¡Pobre hija mia, decia la madre derramando verdaderas lágrimas, es imposible que piense sin dolor, que despues de haber procurado yo tantos años satisfacer tus menores deseos, mañana serás esposa de un hombre á quien será preciso que obedezcas!

—¡Oh querida madre, en cuanto á eso!.... dijo Natalia con una picaresca mueca. ¿Os reis?

Decidme, ¿no satisfizo mi padre siempre todos vuestros caprichos? por qué? porque os amaba. ¿Y á mí no me querrá Pablo?

—Sí, te ama; pero si no vas con cuidado, nada se disipa mas pronto que el amor conyugal. La influencia que ejerce una muger sobre el hombre, depende de los primeros actos de su vida matrimonial; te son necesarios consejos escelentes.

—Pero vos vivireis con nosotros.

—Quizás, hija mia. Ayer noche durante el baile pensé mucho en los peligros de nuestra vida comun. Si los primeros actos con que establecieses tu imperio de muger casada fuesen atribuidos á mi influencia, ¿no seria tu vida un continuado suplicio? Además ¿no se veria mi orgullo ofendido cuando notase un fruncimiento de cejas en tu marido? Prefiero no vivir contigo, á abandonarte por estos motivos. No perdonaria á tu marido nuestra separacion. Al contrario, cuando tú seas la dueña, cuando tu marido sea para tí lo que fué tu padre para mí, no tendremos este inconveniente que temer. Quizás esta conducta sea un poco violenta para

tu tierno corazon, pero tu felicidad exige que seas la soberana absoluta en tu hogar doméstico.

—¿Pues por qué me deciais hace poco que le debo obediencia?

—Hija mia, porque aunque una muger mande, siempre debe aparecer sumisa á la voluntad de su marido. Si no supieras esto, quizás tu porvenir se viese maleado por alguna intempestiva cuestion. Pablo es débil, podria dejarse dominar por un amigo, quizás por otra muger, y conviene que prevengas estos casos y te entronices sólidamente en su corazon. ¿No es preferible que tú seas dueña absoluta de sus acciones, á que otro le imponga su voluntad?

—Yo lo creo, como que solo ansío su felicidad.

—Pues creo muy del caso el que yo sola y esclusivamente piense en la tuya; y desee que en tan grave asunto, no camines sin brújula entre tantos escollos como encontrarás.

—Pero, madre, ¿no somos bastante fuertes para vivir juntas y á su lado, sin temor á ese fruncimiento de cejas que decís? Pablo te ama.

—¡Oh! me teme mas que me quiere. Obsérvale bien hoy cuando le diga que voy con vosotros á Paris, y verás que por muy a pesarado que parezca, no podrá disimular su alegría.

—¿Por qué? preguntó Natalia.

—¿Por qué, hija mia? Yo soy como San Juan, Boca de Oro; ya se lo dire á él delante de tí.

—¿Pero y si me caso con la condicion de no separarnos nunca? dijo Natalia.

—Es necesario, porque mi porvenir se ha modificado. Estoy arruinada y no tendria para empezar si me hubiera de igualar con vosotros durante vuestra estancia en Paris; mientras que viviendo en Lanstrac, cuidaré vuestros intereses y procuraré rehacer mi fortuna á fuerza de economías.

—¿Tú hacer economías? contestó con una carcajada Natalia. Aun no eres abuela. ¿Me abandonarías por semejante motivo? Mira, madre, Pablo podrá parecerte un poco imbécil però no es nada avaro.

—¡Oh! respondió la viuda con un tono de voz que hizo estremecer á su hija, me ha hecho

muy desconfiada la discusion del contrato y me inspira algunas dudas. Pero tranquilízate Natalia, dijo acercándose y dándola un abrazo, no estarás aislada mucho tiempo. Cuando no ofrezca ninguna dificultad mi vuelta entre vosotros, cuando Pablo me haya juzgado, entonces reanudaremos nuestra vida de ahora.....

—¿Cómo podrás vivir sin tu Natalia, madre?

—Porque viviré para tí, viviendo sin tí. ¿No se satisfará mi corazon con la idea de que contribuyo á vuestra doble fortuna?

—Pero madre mia, ¿por qué me dejas sola con Pablo tan pronto? Qué será de mi? Qué debo hacer y que debo evitar?

—¿Crees que te abandonaré á las primeras de cambio? Nos escribiremos tres veces por semana como dos enamorados, y así no perderé nada en tu corazon, ni tu en el mio. Nada te sucederá que no lo sepa yo y estarás garantida de toda desgracia. Estaria muy mal visto además que yo no os hiciese alguna visita, y Pablo no será tan inconsiderado que no permita que yo pase un mes ó dos en vuestra compañía.

—Tan pronto sola, y con él, exclamó con terror Natalia, interrumpiendo á su madre.

—Como que has de ser su esposa.

—Bien, pero dime cómo me he de conducir, tú que hacías cuanto te daba la gana de mi padre: aconséjame y te obedeceré ciegamente.

Mad. Evangelista besó en la frente á su hija; habia deseado y esperaba aquella pregunta.

—Hija mia, mis consejos deben adaptarse á las circunstancias. Los hombres no se parecen. Hay mas distancia entre el leon y la rana que entre un hombre y otro moralmente hablando. ¿Acaso sé lo que te sucederá mañana? Lo único que puedo darte, son ideas generales sobre tu plan de conducta.

—Di pronto cuanto sepas.

—Pues bien, hija mia, lo primero que debe hacer una muger para que no decrezca el amor de su marido hácia ella, y ten entendido que ser amada y soberana absoluta es una misma cosa, la causa, pues, principal de las rencillas conyugales, consiste en una cohesion constante que no existia antiguamente y que se ha introducido en este país con la manía de la familia.

Desde la revolucion los palacios de la aristocracia han sido invadidos por las costumbres de la clase media. Esta desgracia la debemos á un escritor público, á Rousseau, un infame herege de ideas antisociales y que no me esplico cómo llegó á justificar hasta lo tenido por utópico. Pretendió que todas las mugeres tenian los mismos derechos, unas mismas facultades; que en el estado de sociedad, debia obedecerse á la naturaleza: como si la esposa de un grande de España, como si tú y yo tuviésemos algo de comun con las mugeres del pueblo! Desde entonces las mugeres elegantes, alimentan á sus hijos de su propio pecho y corre á su cargo la educacion de sus hijas. La vida se complica con estas costumbres de tal suerte, que la felicidad es casi imposible, porque una simpatía, duradera como la nuestra, entre dos caracteres, es una escepcion. No es menos peligroso el perpétuo contacto entre padres é hijos que entre dos esposos. La omnimoda presencia solo pertenece á Dios; pocas almas la perciben en su amor. Por eso te digo que interpongas entre Pablo y tú la barrera de la

sociedad: asiste al baile, á la ópera, pasea mucho por la mañana, no comas en tu casa por la noche, haz muchas visitas y concede pocos instantes á Pablo. Con este sistema siempre serás inestimable á sus ojos. Cuando no se cuenta mas que con el sentimiento para entretenir la vida, pronto se agotan los recursos, y al amor suceden la indiferencia, la saciedad y el hastío. No olvides que toda afeccion estinguida no es reemplazada mas que con el desprecio. Se siempre jóven para él: que cada dia encuentre en tí un nuevo atractivo. Puede suceder que te aburras alguna vez á su lado, pero cuidado con que él se aburra de estar contigo. Saber aburrirse cuando convenga es una de las condiciones de toda clase de mando. No podreis dar á vuestra felicidad un aspecto variado, ni con el cuidado de vuestra fortuna, ni con vuestros quehaceres domésticos, así es que si no procurases hacer partícipe á tu marido de tus ocupaciones mundanas, si no hicieses algun esfuerzo para divertirle, llegaríais á caer en la atonía. Así empieza el *spleen* del amor. Al contrario siempre amamos lo que nos di-

vierte ó nos hace dichosos. Ser ó hacer feliz son dos sistemas de conducta femenina separados por un abismo.

—Bien os escucho, madre, pero no comprendo.

—Si tú amas á Pablo hasta el punto de hacer cuanto á él se le ocurra, si tú eres feliz con todo lo suyo, nada he dicho, entiendes: nunca serás la soberana, y los mejores consejos de nada te servirán.

—Eso ya está mas claro, pero aprendo la regla sin poderla aplicar, dijo Natalia riendo. Conozco la teoría, la práctica no.

—Pobre hija mia, dijo la viuda mientras resbalaba por su mejilla una lágrima sincera, ya te sucederán cosas que te harán recordar cuanto te digo. Oye bien Natalia; las mugeres tenemos todas un destino como tienen los hombres su vocacion. Hay quien nace para ser una muger á la moda ó una amable ama de casa, como nace un hombre general ó poeta. Tu vocacion es agradar, y tu educacion además te ha formado para el mundo. Tú no has nacido ni para ser madre de familia, ni para inten-

dente. Si tienes hijos, no espero que al día siguiente de tu matrimonio ya tengas el talle echado á perder: no hay nada mas vulgar que la preñez á los dos meses de casados, y además que esto prueba poco amor en el marido. Si dos ó tres años despues de tu matrimonio, tienes hijos, tal cual; las institutrices y preceptores les educarán. Tú, sé la gran señora, simbolo del lujo y del placer, pero sé el gefe, visible tan solo en las cosas que lisonjean el amor propio de los hombres, y procura ocultar tu superioridad en lo que se refiera á mas graves asuntos.

—Me asustas, madre, exclamó Natalia. ¿Cómo me he de acordar de tantos preceptos? Yo tan aturdida, tan niña, ¿cómo me he de componer para calcularlo todo y reflexionar antes de obrar?

—Pues hija mía, todo lo que ahora te digo, la experiencia te lo enseñará con una amarga práctica.

—¿Pero por dónde debo empezar?

—Ya te guiará el instinto, continuó la madre. Pablo te desea mucho mas que te ama: el amor producido por el deseo es una esperanza, el

que sucede á su satisfaccion es una realidad. En esto, hija mía, estriba todo tu poder. ¿Qué muger no es amada la víspera? Pues bien, Natalia, procura estar siempre en la víspera, no dejes que llegue nunca el día siguiente. Pablo es débil, se amolda fácilmente á una costumbre; si cede la vez primera, pierde cuidado, que cederá siempre. Una muger deseada lo puede exigir todo. No hagas como muchas mugeres de poco talento, que desconocen la importancia de las primeras horas, nuestro único reinado, y las emplean en frivolidades vulgares y tonterías sin consecuencia. Aprovechate del imperio que ejercerás sobre tu marido durante la primera esplosion de su amor, y acostúmbrale á obedecerte: mas para hacerle ceder no elijas una cosa fácil y puesta en razon, eso no tendria mérito, sino una extravagancia fuera del orden natural de las cosas, y así podrás calcular bien el prestigio de tu autoridad. Al toro se le ataca de frente, dice un proverbio castellano, y cuando conoce lo inútil de sus defensas y de su fuerza, se rinde. Si por tu culpa comete tu marido alguna necedad, tú serás la reina.

—¡Dios mio! ¿por qué todo eso?

—Porque el matrimonio, hija mia, dura toda la vida, y un marido no es un hombre como otro cualquiera: no le abras nunca tu corazón, y procura guardar siempre una constante reserva en tus palabras y en tus acciones: llega hasta la frialdad si quieres, porque esta al menos la podrás regular á tu voluntad, mientras que en las expresiones extremas del amor, ya no hay mas allá. Un marido es indigno de la confianza y favores de una muger. No creas que el conservar tu dignidad te costará mucho: estas palabras: Vuestra esposa no debe obrar así, no debe decir tal ó cual cosa; son el gran talisman. La vida de la muger esta compendiada en un: No quiero. No puedo, es el irresistible argumento de la muger que se deja arrastrar al lecho, que llora y seduce; no quiero, es el último argumento. La fuerza de espíritu femenino, aparece entonces en todo su vigor, por eso no debe emplearse mas que en ocasiones graves. La seguridad del triunfo está en la destreza con que cada muger debe manejar estas palabras, comentarlas y variarlas.

Pero hay un medio aun mejor que estos, pues no permite la discusion: yo, hija mia, imperé por la fé, no por la fuerza; si tu marido cree en tí, serás omnipotente. Y no creas que es esto muy sencillo; una muger podrá con facilidad probar á un hombre que es amado, pero es muy difícil convencerle de que es comprendido. Yo debo decírtelo todo, Natalia, porque la vida con sus complicaciones, la vida en que dos voluntades deben marchar hermanadas á un mismo fin, empezará mañana para tí. Fíjate bien en esto. El mejor medio para que dos voluntades no choquen encontradas en direccion distinta en la senda difícil del matrimonio, es reducirlas á una. Algunos pretenden que cambiando así de papel la muger, se crea su desgracia, pero, hija mia, tambien puede mandar á los sucesos ó prevenirlos, y esta sola ventaja compensa todos sus inconvenientes.

Natalia besó las manos de su madre y las bañó con lágrimas de reconocimiento. Como muger en la que la pasión física no contagia su sentimiento moral, comprendió al primer golpe de vista aquella alta política femenina:

pero parecida á los niños mimados que no se dan por vencidos á pesar de los argumentos mas sólidos y que reproducen como un estribillo su deseo, volvió á la carga con una de esas razones personales sugeridas por la lógica directa de los niños.

—¿Pues, por qué, madre, hablabais hace pocos dias de preparativos necesarios al porvenir de Pablo, que vos únicamente podiais dirigir y cambiáis de opinion abandonándonos á nuestras propias fuerzas.

—Porque ignoraba lo estenso de mis obligaciones y la cifra de mis deudas, contestó la viuda, no queriendo descubrir su secreto. Dentro de dos años te diré algo sobre esto. Pablo no tardará, conque vistámonos. Ajusta tu conducta á la de la noche en que discutimos el contrato, porque hoy hemos de procurar salvar un glorioso resto de nuestro esplendor, al que estoy ligada por un supersticioso cariño.

—¿De que quieres hablar?

—Del *Discreto*.

Pablo se presentó á las cuatro. Por muchos esfuerzos que hizo para aparecer amable y

jovial, Mad. Evangelista no dejó de ver en las arrugas de su frente los consejos de la noche y las reflexiones del despertar.

—Mathias ha hablado, se dijo, haciendo el firme propósito de destruir la obra del viejo notario. Hijo mio, exclamó en voz alta, anoche os dejasteis aquí los diamantes y creed firmemente que siento en el alma haber guardado en mi casa unas joyas que casi suscitan una querrela entre nosotros. Por otra parte, como Mathias dijo, es preciso venderlas para subvenir al pago de las tierras que habeis comprado.

—Pero si ya no son mias: las regalé á Natalia para que viéndola adornada con ellas no os acordáseis del mal rato de anoche.

Mad. Evangelista estrechó cordialmente una mano de Pablo, reprimiendo una lágrima de ternura.

—Escuchad, hijos mios, dijo mirando á Natalia y á Pablo. Si quereis hacer eso, os propongo otra cosa. Yo he de vender mi collar de perlas y mis pendientes. Sí, Pablo, no quiero emplear mi fortuna en rentas vitalicias, y no olvido que os he de pagar lo que os debo. Pues

bien, confesaré mi flaqueza, vender el *Discreto* me parece demasiado sacrificio para mí. Vender un diamante que lleva el apodo de Felipe II, (1) que adornó su mano régia, que fué acariciado por el duque de Alba en el pomo de su victoriosa espada, no debo nunca consentirlo. Elías Magus tasó mis pendientes y mi collar en ciento y pico de miles de francos, cambiémosles por las joyas que os cedo por completo para cubrir mis créditos á favor de mi hija: ganais en el cambio, pero nada me importa, no soy avara. De este modo, en vez de esos adornos de fantasía, de esas vulgares baratijas que no están en moda mas que entre la gente de medio pelo, vuestra esposa tendrá magníficos diamantes. Vender por vender, ¿no es preferible deshacernos de esas antiguallas y conservar estas hermosísimas piedras?

—¿Pero, y vos, madre mia? dijo Pablo.

—¿Yo? respondió Mad. Evangelista, yo nada necesito. Viviré en Lanstrac. ¿No seria una locura ir á Paris cuando debo liquidar aquí el

(1) El verdadero sobrenombre de Felipe II es *el Prudente*.

resto de mi fortuna? Ahorraré para mis nietos.

—¡Querida madre! exclamó conmovido Pablo, yo no debo permitir tanta abnegacion.

—¡Dios mio! ¿No sois vosotros lo que mas quiero en el mundo? Creéis que yo no seré feliz sentada en un rincon de mi chimenea y diciéndome: Mi Natalia vá esta noche al baile de la duquesa de Berry. Con mi diamante en su garganta y mis pendientes, satisface ese amor propio que tanto contribuye á la dicha de la muger. Nada contrista tanto á una muger, como el ajamiento de su vanidad, y en prueba de ello nunca he visto amable y alegre á ninguna que no se haya juzgado deslumbrante ante su espejo. Vamos, sed justo, Pablo. Gozamos mucho mas con el placer de la persona amada, que con el nuestro propio.

—¿Pues por qué diria Mathias aquellas palabras? pensaba Pablo. Pues que vos lo quereis, dijo á media voz, acepto.

—Yo estoy confundida, exclamó Natalia.

Solonet llegó en aquel momento para anunciar una buena noticia á su cliente: habia encontrado entre los especuladores que conocia,

dos muy deseosos de adquirir el hotel en cuyos estensos jardines podian emprenderse construcciones.

—Ofrecen ya doscientos cincuenta mil francos, dijo, pero si venis á bien en ello podia hacerles subir hasta trescientos mil.

—Consiento en ello, pues á mi esposo no le hicieron pagar por todo mas que doscientos mil francos, pero no incluyais el mobiliario.

—¡Ah! exclamó riendo Solonet, veo que sois entendida en achaque de negocios.

—Por fuerza, contestó ella con un suspiro.

—He sabido, añadió Solonet, que serán muchas las personas que asistirán á vuestra misa de media noche; y conociendo que estaba allí de mas, se retiró despues de estas palabras.

Mad. Evangelista le acompañó hasta la puerta de la antesala, diciéndole al oido: Tengo al presente valores por doscientos cinco mil francos, y si me produce la venta del hotel doscientos mil francos limpios, podré reunir un capital de ciento cincuenta mil escudos. Cuento con vos para sacar el mejor partido posible; estaré probablemente en Lanstrac.

El jóven notario besó la mano de su cliente con reconocimiento, pues el tono de voz con que pronunció la viuda estas palabras le hizo creer que una alianza semejante aconsejada por el interés podria ir un poco mas lejos.

—Contad completamente conmigo: os proporcionaré negocios á préstamo en los que nada arriesgareis y obtendreis pingües ganancias.

—Hasta mañana, dijo ella; no olvideis que sois uno de nuestros testigos.

—¿Pero por qué, madre, os negais á venir con nosotros á Paris? Natalia me regaña como si yo fuese la causa de vuestra negativa.

—Mucho he pensado en ello, hijos mios, pero mi presencia os seria molesta. Os creeriais obligados á confiarme todos vuestros propósitos, y los jóvenes abrigan proyectos que yo involuntariamente podria contrariar. Marchad solos á Paris. No quiero ejercer sobre la condesa de Manerville el dulce dominio que hasta ahora ejercí sobre Natalia; os la cedo completamente. Existen entre nosotras, Pablo, lazos de costumbres que es necesario romper. Mi influencia debe ceder á la vuestra, y creed, Pablo, que

estas palabras las inspira el cariño que os profesó. Tarde ó temprano los maridos jóvenes se muestran celosos del afecto de una hija hácia su madre, y quizás tengan razon. Ya llegará día, cuando esteis mas íntimamente unidos, cuando el amor haya fundido vuestras almas en una sola, en que no experimentaréis ningun temor al verme en vuestra casa, de que contraríe vuestra influencia. Sé lo que es el mundo, lo que son los hombres y lo que son las cosas: he visto la felicidad doméstica destruida por el amor ciego de algunas madres; tan molesto á sus hijas, como enojoso para sus yernos. El cariño de los viejos es muy minucioso. Acaso yo no supiera eclipsarme bien. Tengo la flaqueza de creerme aun hermosa, hay aduladores que dicen que soy amable, y ya veis cuáles serian mis pretensiones. Dejadme hacer otro sacrificio en pró de vuestra dicha, os he cedido ya toda mi fortuna; pues bien, ahora quiero desprenderme de mis vanidades de muger. Vuestro notario Mathias es viejo, no podrá cuidar bien vuestras posesiones; con que yo me constituiré en vuestro intendente y me

crearé unas ocupaciones que mas pronto ó mas tarde son propias de todos los viejos; esto no quiere decir que deje yo de haceros alguna visita para ayudaros en vuestros ambiciosos proyectos. Vamos, Pablo, sed franco, ¿qué tal os parece mi plan?

Pablo no quiso confesar su asentimiento, pero veíase feliz con su libertad. Las sospechás que sobre el carácter de su suegra le habia inspirado el viejo notario, se disiparon con aquellas razones y otras que Mad. Evangelista le espuso sobre el mismo tema.

—Mi madre tenia razon, pensó Natalia observando la fisonomía de Pablo. Se alegra de nuestra separacion, ¿por qué?

Aquel *por qué* era la primera pregunta de la desconfianza, y daba una inmensa autoridad á los consejos maternos.

Hay algunos espíritus que con la fé de una sola prueba creen en la amistad. Sucede en estos seres que tan pronto ven desaparecer una nube de desconfianza arrastrada por el mas ligero impulso, como la ven empañar de nuevo el horizonte de sus creencias; perciben los efec-

tos sin estudiar las causas. El alma de Pablo era sencilla y confiada, carecía de malos sentimientos, pero no poseía la virtud de la previsión. Su falta de energía procedía mas bien de su bondad, de su creencia en el bien, que de la debilidad de su espíritu.

Natalia estaba pensativa y triste, porque no concebía cómo podría vivir sin su madre. Pablo, con esa especie de fatuidad, efecto del amor, se reía de la melancólica faz de Natalia, prometiéndose que los placeres del matrimonio y la vida de Paris la disiparian. Mad. Evangelista miraba con íntimo placer la confianza de Pablo, pues la condicion primera y principal de la venganza es el disimulo. La criolla habia ya dado dos grandes pasos. Las riquezas de su hija habian aumentado con un bellissimo aderezo que costaba á Pablo doscientos mil francos, y que este sin duda alguna completaria. De este modo dejaba á sus hijos entregados á sus propias fuerzas, sin otro consejero que su ilógico amor. Principio de una venganza que aun ignoraba su hija, y en la que tarde ó temprano seria cómplice interesada. ¿Amaría Na-

talia á Pablo? Pregunta era esta de solucion dudosa que podia modificar sus proyectos, porque amaba con demasiada sinceridad á su hija para no respetar su felicidad. El porvenir de Pablo dependia de si mismo. Hacerse amar era su salvacion.

En fin, el dia siguiente, á las doce de la noche, despues de una cena á que fueron invitados los cuatro testigos, celebróse la misa de boda ante un centenar de amigos de las dos familias. Un matrimonio nocturno inspira siempre funestos presagios; la luz del sol es simbolo de vida y de placer. Preguntad al alma mas intrépida por qué la enerva la fria oscuridad de una bóveda, por qué la asusta el ruido de unos pasos, por qué la aterra el grito de los bichos y el maullido de los mochuelos. Aun cuando no exista motivo de terror, todos tiemblan; de igual modo, pues, entristecen las tinieblas. Natalia, separada de su madre, lloraba. La jóven era presa de esas dudas que asaltan al corazon cuando se emprende una nueva senda de vida, en la que, á pesar de una firme seguridad, existen mil escollos, agudos,

rompientes, que destrozán la felicidad de una muger. Sintió frío, y hubo necesidad de abrirla con un manto. La actitud de Mad. Evangelista, la de los dos esposos, promovieron algunos rumores entre la elegante concurrencia que rodeaba al altar.

—Acaba de decirme Solonet que los novios parten mañana para Paris.

—Debia acompañarles Mad. Evangelista.

—El conde Pablo ha podido desembarazarse de ella.

—¡Qué descuido! exclamó Mad. de Gyas, dar con la puerta en las narices á la madre de la esposa, es lo mismo que abrirla á un amante. Bien se vé que ignora lo que es una madre.

—Se ha portado muy cruelmente con su suegra; la pobre señora se retira á Lanstrac.

—Natalia está muy triste.

—Como que se vé aislada.

—Con eso sobran motivos para estarlo.

—Me alegro de haber venido, decia una señora, porque así me he convencido de la necesidad de rodear una boda con la pompa y fiestas de costumbre; esto me parece sombrío,

sin vida. Y si quereis que os diga todo lo que pienso, añadió inclinándose al oido de su vecino, este matrimonio me parece indecente.

Mad. Evangelista hizo subir á Natalia en su carruaje, y la acompañó á casa del conde.

—Y bien, madre mia, ya me habeis dicho.....

—Acuérdate, querida Natalia, de mis últimos consejos, y serás feliz. Sé siempre su mujer, mas nunca su querida.

Cuando ya Natalia reposaba en su nupcial lecho, la madre representó la farsa de arrojarse llorosa y desconsolada en brazos de su yerno. Aquella fué la única costumbre vulgar que Mad. Evangelista se permitió. Por mediacion de sus aparentes desesperacion y locura, obtuvo de Pablo esas promesas que casi todos los maridos conceden. El dia siguiente acompañó á los recién-casados hasta mas allá de la barca de la Gironda: su viaje no fué perdido, pues conoció con una palabra de Natalia, que si Pablo habia ganado la partida en la discusion del contrato, empezaba desde aquel momento su revancha. Natalia habia obtenido de su marido la mas completa obediencia.